



www.loqueleo.com/es

© 2012, José María Latorre

© De esta edición:

2017, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-066-4

Depósito legal: M-37.949-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Segunda edición: marzo de 2017

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega

y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La
MALDICIÓN
de la
BANSHEE

José María Latorre

loqueleg

¿De dónde procede aquello que me mueve?

¿De la luz o de las tinieblas?

Hugo Ball

*Os hablo de una noche
en la que no hay que dormir.*

Julien Green

Prólogo

En principio fue la banshee, pero luego llegó algo todavía más terrible... Será mejor que cuente paso a paso mi historia, porque los detalles tienen importancia.

9

Mi vida cambió por completo desde que me enteré de que debería abandonar el internado para ir a trabajar como doméstica en Kavanagh Hall, la residencia de otoño e invierno de una de las familias de más abolengo de Irlanda. Lo supe cuando me disponía a desayunar al punto de una mañana tan neblinosa como suelen serlo con la llegada del frío las de Dublín y sus alrededores: la directora, mistress O'Bannon, me hizo ir a su despacho para comunicarme la noticia, que recibí sentada en una butaca frente a su mesa. Según me dijo, la mía no iba a ser una marcha repentina, pues tenía por delante el resto de la semana hasta el día de dar el definitivo adiós al que, hasta donde mi memoria alcanzaba a recordar, había sido mi hogar, pero la noticia me sumergió en un estado de tristeza y confusión mental, alimentado por algunas compañeras con las que tenía más confianza, a quienes les apenaba

que me separaran de ellas. Incluso una de las profesoras, miss O'Connor, no veía con buenos ojos el lugar que me había sido destinado.

—¡Con tantas mansiones como hay en el país ha tenido que tocarte la de un Kavanagh! —me dijo con el ceño fruncido—. Debes saber que lo han decidido sin consultar con nadie... Hablaré con la directora para ver si aún está a tiempo de anularlo; podría alegar, no sé..., que todavía no estás preparada para dejar esto.

10 No me explicó nada más y de momento me quedé sin saber el motivo de su desagrado, pero su conversación con mistress O'Bannon resultó infructuosa, ya que vino a verme enseguida para informarme de que no había nada que hacer y que el domingo siguiente por la mañana, sin dilación alguna, debería partir en tren hacia Wexford, donde se alzaba Kavanagh Hall en un lugar apartado, lejos de la ciudad. Por supuesto, deseaba saber a qué se debía su contrariedad, pues era consciente de que mis compañeras y yo estábamos destinadas a dejar algún día el internado para dirigirnos a unos destinos no elegidos por nosotras sino en connivencia entre la directora y la familia que nos requería.

—La banshee, querida Alice, es a causa de la banshee —repuso rehuyendo mi mirada—. Eres una jovencita demasiado impresionable, y no me parece conveniente que vayas a parar a un lugar como ese, marcado por el signo de la banshee.

Yo nunca había oído esa palabra, ignoraba lo que se ocultaba tras ella, y por eso le pregunté a qué se refería. Fue una petición hecha en vano.

—Cuanto menos sepas sobre la banshee será mejor para ti..., me temo que en esa casa tendrás tiempo de sobra para aprenderlo —repuso, evasiva; y supe que no debía insistir.

Al vago recelo que me había inspirado tal palabra se añadió el malestar que me producía despedirme a la fuerza del lugar donde había crecido y había sido educada para trabajar y vivir en sociedad. Es cierto que no disponíamos de libertad, pero la vida resultaba grata, o al menos apacible en su rutina, si te olvidabas de los castigos que infligían de vez en cuando, según nuestro modo de ver no siempre justificados. Al final fueron dos compañeras, Liz y la italiana Gina, las que me explicaron algo sobre esa banshee que tanto parecía inquietar a miss O'Connor.

11

—Es un fantasma —dijo Gina.

—No, no lo es —negó Liz a su vez—. Se nota que no eres irlandesa y hablas de oídas, porque de lo contrario no dirías eso... Una banshee es una aparición demoníaca, un espectro...

—Bueno, yo soy irlandesa y no... —intervine.

—Lo dicho: un fantasma —se obstinó Gina, interrumpiéndome.

—No se trata de que se te aparezca alguien que está muerto, sino de que es un ser sobrenatural. Surge por las noches o al amanecer en algunas mansiones pertenecientes a grandes familias de sangre celta para advertir de la inminente muerte de alguno de sus habitantes, y siempre se manifiesta fuera, nunca en el interior —añadió Liz.

Eso hizo callar a Gina, que no pudo disimular una expresión de contrariedad, pero yo habría preferido no oírlo a pesar de haberles solicitado una explicación. Fue inútil que le pidiera a Liz que no siguiera hablando del tema, pues lo hizo aunque procuré no escucharla. Sin alardear de ello, reconozco que poseo una gran habilidad para abstraerme y no prestar atención. Así, procuré desviar mis pensamientos hacia otras cuestiones mientras veía cómo abría y cerraba su boca sacando de ella palabras que no me llegaban. Yo lo llamaba «el juego de la sorda». Sin embargo, no pude evitar oír lo último que dijo:

—La encargada de la biblioteca, miss Pennington, sabe mucho de estas cosas, de leyendas irlandesas y todo eso. Ella te podrá informar mejor que nadie. Por cierto, los Kavanagh son de sangre celta. Apuesto lo que quieras a que verás a la banshee..., en el fondo te envidio —concluyó.

La posibilidad de que eso sucediera me aterrorizó. ¿Cómo podía envidiarme Liz por algo así? Miss O'Connor tenía razón: era demasiado impresionable. Esa noche tuve una extraña pesadilla relacionada con la banshee, y en los días que precedieron a mi marcha me dediqué a vagar como un fantasma —sí, como un fantasma— por la casa y por los jardines despidiéndome de todo, sin hacer caso del intenso viento que deshojaba los arbustos y los árboles, ni del frío que me llegaba hasta los huesos. El hecho de ir a abandonar el internado me eximía de las lecciones de esa semana, si bien tuve que atender no pocos consejos e instrucciones acerca de mi conducta futura. En más de una ocasión estuve tentada de ir a la biblioteca

para consultar a miss Pennington sobre la banshee, pero no lo hice a pesar de que mi curiosidad se había vuelto tan intensa o más que mi temor.

Miss O'Connor no volvió a hablarme de la banshee y tampoco lo hicieron Liz ni Gina, tal vez para no añadir más preocupación a la que tenía, conscientes de que ya se había dicho la última palabra sobre mi destino laboral y de que no existía posibilidad de volver atrás. La tristeza y el temor se fundían en mi ánimo a partes iguales, y la última tarde que pasé en el internado procurando estar a solas, bajo una bruma que tenía el olor del invierno, me abatió una sensación de melancolía ante lo incierto de mi futuro y por tener que convivir en lo sucesivo con desconocidos. Cuando llegó la mañana del domingo, después de una visita a la capilla me despedí de mis compañeras, de mis profesoras y de la directora, y me pareció advertir el brillo de unas lágrimas en los ojos de miss O'Connor, que no llegaron a afluir. Besó calurosamente mis mejillas.

—Cuidate mucho, querida niña, y no olvides que estaré aquí y podrás contar conmigo para cualquier cosa que precises —dijo, al tiempo que me entregaba una hoja de papel doblada—. Llámame en cuanto puedas para que sepa cómo te va. Te doy la dirección y el teléfono de un amigo mío que vive en Wexford; no dudes en recurrir a él en caso de necesidad. Y ten en cuenta que el nombre de esa ciudad en irlandés es Loch Garman, lo digo para que no te extrañe si oyes que los Kavanagh la llaman así.

Me di la vuelta con el fin de impedir que me vieran llorar por marcharme del lugar donde iba a dejar tantos

recuerdos. Cargada con la maleta donde llevaba mis escasas pertenencias, subí a la vieja y destartalada camioneta que iba a llevarme a la estación, conducida por Sean, el hombre siempre vestido con un guardapolvos que se encargaba de transportar los alimentos desde la ciudad al internado, y en proporción igual de viejo que ella, y no quise volverme a mirar atrás, atenazada por una angustia que me cortaba la respiración. Sentía como si el mundo se estuviera desplomando sobre mí.

14 En correspondencia con mi sombrío estado de ánimo, había amanecido un día triste y el paisaje se hallaba cubierto por una capa de bruma que convertía todo a mi alrededor en figuras fantasmales. Incluso los olores que me llegaban a través del cristal roto de la ventanilla eran distintos a los habituales. Hasta el olor de las hojas quemadas me parecía otro. Me habían dicho que, a causa del pésimo estado de la carretera, que la camioneta recorría dando tumbos, se precisaba al menos media hora para cubrir la distancia que separaba al internado de la estación, pero mis deseos de retrasar la llegada, de prolongar mi estancia en aquellos lugares familiares, lograron que el trayecto se me hiciera mucho más corto de lo que habría querido, aunque al bajar tenía el cuerpo dolorido a consecuencia de tantos vaivenes. Fue el propio Sean quien adquirió el billete de tren con el dinero que le había dado la directora y, ante mi sorpresa, me pasó con él una cajita forrada con terciopelo negro.

—Perdone el atrevimiento, pero me he enterado de que va a Kavanagh Hall —dijo.

—En efecto —asentí, extrañada porque Sean nunca se dirigía directamente a ninguna de nosotras.

—Me he permitido traerle esta cajita. Contiene una cruz celta. Le recomiendo que la lleve día y noche colgada al cuello. La protegerá... Dentro también hay un amuleto rúnico que debería dejar al lado de la puerta de su dormitorio al acostarse.

Mi mano derecha temblaba al hacerme cargo de la cajita.

—¡Por Dios, Sean! ¿De qué o de quién deberá protegerme? ¿Qué hay en esa casa? —inquirí, impresionada a mi pesar.

—De la banshee, señorita Alice, de la banshee. Ruegue para que no se cruce nunca en su camino, para que no vea jamás su rostro ni oiga su llanto.

—¿Su llanto? —repetí como un eco.

—Cuando llora, la muerte se cierne sobre el lugar donde ha aparecido..., es una enviada de la Parca y no hay que mirarla de frente. No, no... —cabeceó—, no deberían haberla enviado a esa mansión. Kavanagh es un apellido maldito en Irlanda... Sobre todo, no deje de llevar consigo esta cruz y dejar el amuleto como protector del dormitorio... Tenga en cuenta que...

Era evidente que se proponía añadir algo, pero tras cabecear se alejó de mí con pasos titubeantes, como huidizos, y le vi subir a la camioneta y marcharse dejándome sola ante la puerta de la estación, más inquieta que nunca. Todos, me refiero a miss O'Connor, Liz, Gina y, ahora, Sean, me habían hablado con temor de la banshee, como

si fuera lo peor con lo que podía cruzarme en mi nuevo destino.

16 Con creciente nerviosismo aguardé en el andén la llegada del tren que debía llevarme a Wexford. La espera se me hizo también corta, como si las saetas del reloj avanzaran con mayor celeridad de lo habitual, y poco después, sentada ya en mi compartimento, sin la compañía de ningún otro viajero, a solas con mi dolor y mi malestar, no hice sino pensar en cuanto me habían dicho antes de mi partida. Eso sí, mientras tanto abrí más de una vez la cajita para examinar de cerca el amuleto, de color azul índigo, así como la cruz celta, con su círculo alrededor, y leí el nombre del amigo de miss O'Connor que esta había escrito en el papel: John Walcott. Todavía ignoraba los horrores en los que me iba a ver envuelta.